

# “Me llamo Soledad”

El rostro de la (joven) mujer madura es extremadamente sensible. Se pueden seguir —en la mirada franca y siempre húmeda, en las leves arrugas que apenas lo surcan— las huellas de un dolor de años, exactamente ocho. No es un dolor cansado, pasivo, de mano en el regazo. El de Olga Ramos de García es un dolor combativo, que quiere no ser sólo dolor. Cuando la evocación anima las imágenes de aquellos terribles días de diciembre de 1977, en que su hija y su yerno son llevados de su hogar bonaerense por gente armada, para desaparecer, y Soledad es arrancada a los brazos de su madre, las lágrimas enrojecen la mirada de Olga Ramos pero no se desizan por su rostro. Quedan retenidas allí, y el relato continúa.

**Y**o no sabía que desaparecerían personas. Nunca había pasado por mi mente una cosa así. Nosotros no estábamos en política, sólo pertenecemos al sindicato donde trabajamos. Yo en Traumatología y Ovidio, mi marido, en Alpargatas.

—Los muchachos, en cambio, tuvieron que irse del país.

—No. Edmundo se fue a la Argentina porque aquí no conseguía trabajo.

—Exilio económico...

—Tampoco. A él lo despidieron de Izeta y López porque había ocupado la planta con sus compañeros. Era emprendedor, inteligente, responsable. “Era”... no se imagina el conflicto que tengo con la conjugación de los verbos. “Eran” de tal modo, “tenían” tal edad... No; quiero negarme a conjugarlos en tiempo pasado. Aceptamos su muerte si desgraciadamente ocurrió, pero no por presunción, no por las dudas.

—La duda debe estar a favor de ellos y de ustedes, no en contra.

—Así es. Le decía que el exilio de Edmundo fue más bien laboral. En esa época eran novios con Ileana y venía a verla a menudo, sin ningún problema. Hasta que vino para casarse. Entonces se fueron los dos para Buenos Aires. El ya tenía trabajo, le iba bastante bien. Eso fue en el 74. En el 77 nació Soledad. Y cuando la nena tenía siete meses y siete días fue que los llevaron... unos civiles armados de ametralladoras.

—Ellos se habían integrado a la lucha popular en la Argentina?

—No le podría decir. Un día que nosotros estábamos allá, de visita, llegaron dos muchachos. Yo le pregunté a mi hija si tenían militancia política. Me dijo: “No mamá; solamente conversamos porque el día que se arreglen las cosas en el Uruguay queremos volver; y ahora queremos estar informados”. Nunca supe otra cosa. Así que aquello del 21 de diciembre fue terrible. Nos enteramos por una carta que escribió a mis conserjos el vicepresidente del consorcio del edificio donde vivían, en Vicente López. Vieron los tres coches con personas de civil, armadas, llevándose. Y en seguida avisaron. Nos fuimos volando mi conserja y yo. La nena ya no estaba. La jueza de menores de San Isidro la había dado a una familia para que la cuidara mejor. “Porque era una niña fina”, me dijeron. “No era para estar en una comisaría”. ¿Qué son “niños finos”, dígame usted, y a cuáles es natural que se les tenga en una comisaría...? Pedí por favor que me tapan los ojos, que me vendaran, cualquier cosa con tal de llevarme adonde estaba mi nieta. No podía imaginármela entre extraños. Ella era tan querida. Sus padres le daban amor. Mi yerno la adoraba. Quería que mi hija se la dejara para bañarla él, de noche, cuando volvía del trabajo, aunque estuviera molido. Ese baño era una fiesta para todos. El era muy alto y tenía el brazo largo. Tengo esa imagen dichosa de cuando la ponía a Soledad sobre su brazo, y la bañaba, y le echaba agua jugando, le decía soledades y le cantaba, pobre, con una voz... Mi hija se burlaba: “No tenés tono ninguno, negro”. La nena festejaba como si entendiera que realmente su papá no tenía tono. Al otro día se levantaba temprano y le daba la mamadera.

Al entrar yo al apartamento de la calle Humaitá, Soledad me habría dado ceremoniosamente la mano. Me esperaba, lo noté al sentir un brinco, adentro, cuando hice sonar el timbre en la puerta. Ahora escucha a su abuela y nos mira alternativamente a los dos. A ella, reviviendo esa historia contada cinco veces; y a mí, vigilando el efecto que me hará el oírlo por primera vez. Es una morochita monísima, ojos ce-



FOTOGRAFIA DE ARMANDO SARTOROTTI

lestes, ocho años, alta para su edad (la mido mentalmente con los siete años largos de Nacho, mi nieto); jovial, con esa sonrisa deliciosa de los niños, a mitad de camino entre la timidez y la desinhibición. Se ve que en Humaitá hay quienes la colman también de amor, como en los cortos días de Vicente López.

—Mi desesperación era encontrarla rápido, para que tuviera cuanto antes contacto conmigo. Después de varios días de angustia y de gestiones cuyo detalle le ahorro, me la entregaron en custodia temporal. No era el fin de mis carreras, sólo el comienzo. Porque teníamos que recuperar a la nena pero también a los muchachos. ¿Qué habría sido de ellos, dónde estarían? El empleado del Juzgado de San Isidro me decía: “Señora, no pierda tiempo. Tome el tren, vaya a Tribunales, haga un hábeas corpus”. Yo no sabía de hábeas corpus. Vivía preguntando. Alguien me dijo: “Vaya a Naciones Unidas, la van a orientar”. Allí me escucharon, me ayudaron. Pero los hábeas corpus los contestaban en forma negativa. Ellos no los tenían, no están detenidos, no están requeridos por la policía argentina ni por la uruguayá. Pero el portero del edificio se ofreció a testimoniar. “Dijeron que eran policía y me obligaron a mí a golpear en la puerta del apartamento de ellos, y vi cómo golpearon a su hija para sacarle la nena. No podían arrancársela. Yo estaba paralizado de terror y de vergüenza por no poder intervenir. Su hija gritaba llorando: “¿Qué van a hacer con mi hija, por favor no se la lleven!”. Se la sacaron y ellos fueron llevados a empujones a los autos”. Como le decía, no hubo ninguna acusación contra ellos, ni acá ni allá... pero se los llevaron hasta el día de hoy.

—De todos modos, ¿ustedes tienen alguna explicación?

—Yo me quedé con mi nieta en Buenos Aires hasta el 10 de febrero. No podríamos creer que no aparecieran. Los esperábamos día a día. El apartamento había sido saqueado. Robaron todo. Muebles, cortinas, electrodomésticos, unas alhajas que tenían, cualquier cosa de algún valor y hasta sin valor; se llevaron la comida, la ropita de la nena. Todo. Menos una camisa y una ropa interior que, por lo alto que era Edmundo, yo sabía que no era suya. Después supe, por una llamada telefónica de una amiga de Ileana, que el marido de ella también había desaparecido. Los llevaron a los tres el mismo día, el 21 de diciembre de 1977. Le dí la ropa a esta chica, y la reconoció y se abrazó a ella llorando desesperadamente. Lloramos abrazadas. Nos habían arrebatado injustamente a quienes más queríamos.

Olga Ramos se entrega serenamente a la emoción de los recuerdos. La sonrisa apenas dibujada no desmiente a las lágrimas. Surge en la memoria el gallego hotelero, bruto y noble: “No llore señora; tengo una casa a todo lujo, con fondo, con

piscina. Usted se viene para mi casa con su nena, mi mujer es tan buena como yo”. O la gente del hotel, gente humilde, que salía temprano a trabajar y vivían en aquel hotel modesto porque no podían pagar casa.

—Pues, uno me había comprado el yoghurt para Soledad y lo tenía en la heladera, otro unos pañales, otro un chupete, una mamadera, porque todo lo había robado. De noche se juntaban y me aconsejaban: “Vaya a Santa Magdalena, vaya a La Plata”. Me hacían planitos para no perderme. Yo salía a las 6 de la mañana con la nena y los pañales. A veces la cambiaba en las plazas o en los baños de las confiterías. Donde hubiera un soldado en la puerta entraba a preguntar. Una vez me mandaron a Quilmes. Debí andar por los pozos donde tuvieron a mi hija; en las fotos reconozco el lugar. Le estoy tan agradecida a esos desconocidos por ser tan solidarios.

Suena una llamada telefónica y Olga se levanta para atender. Aprovecho para conspirar con Soledad. “¿Te gustaría que demorara la entrevista para que se haga tarde y no puedas ir a la escuela?”. Ríe maliciosamente, más atraída por la picardía de la situación que por la propuesta misma.

Vuelve Olga al reportaje, como viniendo alguna resistencia íntima. Hay una pausa que respeto.

—A las madres nos desgarrar volver sobre lo mismo, contar todo otra vez. Uno empieza hablando mecánicamente porque ya contó lo mismo, quizás con las mismas palabras. Al ratito está viviéndolo todo como si fuera la primera vez. Quisiéramos no hablar más y olvidar. No podemos. La desaparición es algo muy trágico. La vivimos todos los días. Hemos dejado de hacer comidas, porque les gustaba a los muchachos. Vamos caminando por la calle, un día de primavera, un paseo, una chica y un muchacho que van enlazados, son ellos, son ellos... Los vemos, los vemos en todas partes... Hay un día lindo de sol y digo: “Hoy sí, puede ser”. A veces me levanto de noche y ando por la casa palpando los lugares, leo libros de Ileana, me viene a la memoria una frase que le dije o que me dijo, de pronto una canción... uno llega a creer que tirando de un hilo finito —un recuerdo, un deseo— al final están ellos como antes, como siempre, como si nada hubiera pasado. Es brutal lo que nos hicieron. Ahora tenemos esta nieta para criar, y no podemos ser los padres que ella necesita. El amor se lo damos, pero hay mucho dolor en nosotros. No tenemos los años jóvenes que es preciso. A veces nos quedamos mirando con Ovidio a Soledad que mira cómo el padre de un amigoito lo tira al aire y lo baraja en sus brazos y después se lo come a besos. Todo niño se alimenta de esas alegrías. La nuestra no. Si a Soledad se le encoge el cora-

zón mirando esa escena, a nosotros también. Tenemos temores: ¿llegaremos hasta donde nos precise? Nos apenas verla criarse solita, sin un hermano, que esté triste, que alguien haya resuelto que sea huérfana sin motivo. ¿Cómo no vamos a querer a esta juventud, que hace lo mismo que hicieron nuestros hijos! Ellos eran solidarios, alegres, francos, generosos, y los de hoy también lo son. Ahora entiendo cosas que Ileana me decía. Recién ahora empiezo a entender todo lo que ellos sentían por el prójimo. Los familiares de los desaparecidos no luchamos por el desaparecido propio, sino por todos. Y sobre todo, porque no haya más desapariciones.

—Oímos decir: “No más rencor, no más venganza, no hay que mirar al pasado, hay que hacer el país del futuro”...

—Sí, hay que hacer el país del futuro. Yo también lo creo. No hay que revolver, no hay que buscar venganza. Las madres nunca buscamos venganza. Mire: si a mí me pusieran delante a quien mató a mis hijos, si es que los mataron, yo no le haría lo mismo, no le haría el mínimo daño, ni a él ni a sus hijos; no son mis sentimientos. Mis sentimientos no son de venganza, son de justicia. Que este horror no lo padezcan otros. Me atormenta pensar que a otra abuela su nieta le pregunte, como Soledad a nosotros, “¿Por qué a papá y a mamá?”. Yo sólo puedo decirle “Por buenos, Soledad; todo lo que hicieron lo hicieron por el bien de bebitos como tú”. Pero Soledad se queda pensativa; la explicación no le alcanza y a nosotros tampoco.

—¿Cómo vive la nena esta situación?

—Nunca le ocultamos a nadie, ni a ella, la verdad. Todo lo que decimos es siempre cierto. No sacamos —o tratamos de no sacar— el tema a cada rato. Pero no dejamos ni una pregunta suya sin contestar. Ella, a su vez, se lo explica a los amigositos que le preguntan. Se sabe segura del amor de sus padres y del amor de sus abuelos. Sabe que no fue abandonada y que será ser abandonada. Por lo demás le va muy bien en la escuela, tiene buena relación con sus compañeros, y la agenda de cumpleaños está siempre llena (Nacho: ¿no te gustaría invitarla al tuyo?). Y ella es la que nos ha hecho conocer a los vecinos del barrio. Suena el timbre: “¿Está Soledad?”. Y en la calle todos la conocen. Antes, mal que bien, nosotros éramos “los de García”; ahora somos “los abuelos de Soledad”.

—¿Y el abuelo Ovidio, de quién no hemos hablado?

—Por pudor no lo hice. Es dulce, comprensivo, muy bueno, muy querido. Me hace gracia cuando salimos y a cada paso alguien lo saluda. Ahora está triste, inmensamente triste. Adoraba a su hija y su hija a él. Y adora a su nieta, vive porque Soledad vive. Vivimos exclusivamente para hacer feliz a esta nena. La miramos, la observamos, descubrimos reacciones, palabras, gestos, que eran de sus padres con los cuales, sin embargo, sólo llegó a convivir siete meses. Se les parece, no digo en los rasgos sino... usted me entiende, esas cosas que uno descubre en un niño que son de sus padres. Es raro, esta nena nos ha hecho más viejos y más jóvenes.

Mientras ordeno mis cosas para partir le pregunto a Soledad:

—¿Desearías mucho alguna cosa?

—¿Cómo?

—Si desearías mucho que alguna cosa se haga realidad.

Sonríe tímidamente y responde:

—Sí.

—¿Podés decirme qué es?

—Prefiero no decirselo.

Su abuela la envuelve en una cálida mirada.